

BUROCRACIA SENTIMENTAL SOBRE LA NOCIÓN DEL TIEMPO

Antología de poemas de David Castillo Buils

Asfixia

Los peces agónicos buscan en el cubo de la playa
el impulso para volver a un minuto antes de ser atrapados.
Su asfixia resulta indiferente para los pescadores, que matan
su tiempo entre los comentarios sobre idealizadas mujeres,
sobre las chicas semidesnudas que pasean por la arena
y en los resultados históricos del fútbol que escupe
desde un pequeño transmisor de radio:
empató el Betis en la Rosaleda,
el Atlético marca el segundo en Mestalla
y tú te quitas el sujetador para aprovechar
el último ramalazo del sol.

La playa del Faro,
una colonia de gatos desgraciados protegiéndose del viento
en la canalización de la cloaca.
Vuelves a tu casa mientras memorizas la rutina de la semana,
la ropa de los niños para el cambio de temporada,
cuando te sobreviene un recuerdo hacia mí.

Estoy en una redacción con bochorno,
repleta de palabras poco motivadoras
obsesionado en la pérdida del tiempo.
La sincronicidad te retrata con realismo,
la bolsa de plástico rescata el color de la toalla
y la crema solar. Me imagino tu minivestido,
ceñido, que tanto te gusta y tu piernas de deportista
con las sandalias de betas.

El Málaga marca el segundo contra el Betis:
noticias irrelevantes como el charco que esquivas
bajo el puente de la Rambla.

Musa vaginal

Pronto volverá el calor y añoraremos los días frescos,
la playa se llenará y los mosquitos convertirán el patio
en un campo de tiro: picadas en tus piernas
idénticas a las de las fotos que te hice desnuda,
incondicionalmente desnuda para mí,
ardiendo al sol y en la mirada de los furtivos.

La mesa acojerá tu festín
y los espejos no te dejarán huir
cuando te acerques con el disfraz del amor.
El mar, un leve espejismo más allá de la riera,
te tragará receptivo
sin impuestos ni medias verdades.
El vendedor de helados y refrescos vigilará tu cuerpo,
de arriba a abajo, la geografía amoral,
incluso las cicatrices de los recuerdos poco propicios,
musa vaginal de los paquistaníes ambulantes.
Nunca percibirán la suavidad de tu pubis depilado
ni las caricias de tus dedos.

Bandera verde, apta para el baño.
Pronto volverá el calor
y añoraremos los días frescos de abril.

La calumnia como una de las bellas artes

Según la hora de la tarde es menos recomendable
un insulto que un patadón.

El humor no es patrimonio de nadie,
menos cuando busco una oficina del Western Union
para ayudar a una examante africana.
Llueve y el viento me corta la cara.

Un hindú me pregunta la cantidad y me hace un recibo
con el número del justificante.

En el locutorio hay banderas de todos los países desgraciados
del planeta, árabes e hispanos básicamente.
La sensación de precariedad me inunda.
Además de sucios, los zapatos están mojados.

No hace falta ser una lumbrera para aceptar la vida adulta
como una lesión al buen gusto.

Y cuando, en un paréntesis, llega una brisa feliz,
el vecino pica la pared como un energúmeno.

Cada hombre tiene una biografía poco esclarecedora
de su personalidad,
desde el que se refugia en cartones para dormir
hasta el adulador de las injusticias del sistema.

Llueve, el viento me corta la cara,
¿dónde estará el mes de junio?

Cercanías de ningún lado

Coches saturando el atasco de tu ombligo,
incorpóreas fieras en los escaparates de moda.
Compras tres modelos
y el dependiente te observa los pechos en la transparencia
mientras valora como te queda.
Ni una insinuación, sólo el tiquet de caja,
tan aséptico como en el banco o en el supermercado.
Un poco de ansiedad te recuerda el somnífero,
la ausencia de tu padre
y las hojas del ficus que el temporal ha tirado en el patio.

Estamos a poca distancia de todo,
en las cercanías de ningún sitio.
Algunos creen en la reencarnación
y a otros se la suda seguir viviendo.
Todos se vigilan por la calle:
el que durará cien años
y el que morirá mañana;
los jóvenes despreocupados
y los obsesionados por la nada.
Extraña república esotérica donde las opciones
ilimitadas adjudican dificultades a todos:
el rico lo querría ser todavía más,
el pobre querría salir de pobre
y la mayoría no sabe ni lo que quiere.
Los bancos ofrecen crédito a los que tienen dinero;
el que lo necesita, se jode.

Cuando llegas a casa dudas de la ropa nueva.
Tu culo, a pesar de todo, se mantiene erguido.

Un buen día para morir

Escucho 'Walk on by' y la melodía me acerca
la levedad de tu cuerpo durante unos minutos al MP3
antes de volver al combate incierto de la precariedad.
En cinco paradas de metro pasan cuatro mendigos
andrajosos por razones diversas:
sin papeles,
padre de familia parado de larga duración,
gitana rumana con niños,
enfermo de sida...
Un póker para perder todas las manos.

No hay lotería ni sanador que pueda reparar tantas averías.
No hay mecánico capaz de salvar este motor.
Han demolido la casa del Freddy,
él y su madre ya hace mucho que murieron,
pero lo que auténticamente me preocupa
es la tala del árbol al que trepábamos
para vaciarlo de las ciruelas verdes de la juventud.

Erótica mix

Lo disfrazas de sexo,
pero en realidad te defiendes de la soledad
en cada barricada,
lucha casa por casa
persiguiendo miradas por las barras de los bares.

Mujer tras mujer:
satisfacción y placer como autoanálisis,
inundaciones musicales,
guiños, ejercicios estilísticos
y los noticiarios que repiten siempre lo mismo:
las puñeteras guerras,
los cascos azules,
la paz y las epidemias.

África, dicho y hecho;
África, puta de lujo de Pedralbes,
Nuestra Señora de África,
desde las soleadas playas de Tánger
hasta este rincón de Bellvitge,
donde los mandingas de enormes ojos vidriosos
buscan trabajo y una pizca de reggae.

No hay nada más erótico que la bandera de los perdedores,
un pis inhabitable para hacer el amor sin música.
El mismo sonido del bloque te inspira y te enerva,
los africanos preparan té verde
y respetan la hora de la plegaria.

África, en cada barrio de la estúpida Unión Europea;
África, el base negro del CSKA de Moscú;
África, en el billete gastado de cinco dólares
y en el miliciano tartamudo que acaricia su kaláshnikov.

Una taberna cerrada en domingo

“Siente la vergüenza y el odio propio escapándose de nuestros cuerpos hacia el sueño exhausto de una taberna cerrada en domingo”. Derek Walcott

Nos cruzamos en la puerta del bar
y mientras me alejaba de ti todo me decía
que debía volver a buscarte.
Cuatro dudas impulsaban los pies en sentido contrario.
Me lloraban los ojos por el sol,
por el salitre y la arena acumulados durante el día.
No sabía cómo te llamabas
ni cosas básicas sobre la ilusión perdurable,
pero el escaso sentido común que me quedaba
debería haberme hecho volver de inmediato
y pedirte remedios factibles
para los numerosos males que me afectaban.

Ahora, visto desde la distancia,
con todo el carrusel de desgracias
y cuatro buenaventuras,
me gustaría recordar el nombre del bar,
y en el mismo ejercicio recuperarme de los años de soledad,
comprimida, exhausta, evaporándose
milagrosamente cuando vienes hacia mí
en una estación de tren del vacío.

Acrópolis

“Las libretas siempre se quedan sin llenar”, te comento,
y tú respondes que “siempre quedarán inacabadas”.

¿Es una cuestión de tiempo o es el tiempo mismo?

“He perdido demasiado tiempo”, añadido.

¿No es todo el tiempo un tiempo perdido?

Subido en la montaña de la Acrópolis
pienso devastadoramente en ti
y Atenas resulta tan insignificante
como los objetos inútiles de las tiendas de souvenirs.

Una absurda batalla entre venecianos y turcos
destruyó más rápido estos monumentos
que la lapidaria fuerza del pasado.
Después los ingleses, como es habitual, lo robaron todo
apelando a su inquietud taxonómica.

Días de septiembre con bochorno y manifestaciones
continuadas, además de los suicidios.
Las plazas de detrás de la Politécnica están saturadas
de yonquis desesperados que buscan guerra,
prostitutas desdentadas
y trabajadores sin hogar afiliados a la botella.

Se estira la noche como un chicle
sobre el asfalto un día de calor.
Si no te me quito de la cabeza no podré dormir.

Felatrix

La diosa viuda de cuerpo inanimado,
muerta para todos excepto para mi deseo
en technicolor,
me susurra que para caminar a su lado
tengo que caer entre dos frases,
trincheras sin vida,
donde el odio y la muerte no son ideas
sino formas de vivir.

No tuve la culpa de encontrarte en un bar de carretera:
malas manos de cartas,
una herencia huidiza en el postcomunismo
y negocios descalabrados con hombres obviales
pusieron tu cuerpo a mantener las apuestas,
que perdiste.

Después de los 35 y como perpetuación del negocio
dejaste de restringir el derecho de admisión,
y a los 37, el "sí a todo" era la norma de la casa.
Con un toque de maquillaje todavía eras una vampiresa,
látex negro, primero, y un áspero sorbo de ginebra
cuando la tarifa extinguía el servicio.

Para mi, recordar tu ropa en el rincón
era el preludio de la cuenta atrás
y el inicio de una semana severa sin ti.

Calcomanía

Camino por una época polvorienta,
por un pueblo de segundas residencias,
repleto de estructuras abandonas de edificios en sus afueras.
La fugacidad penetra el sistema nervioso del sistema
y la radiografía del tedio es una calcomanía
de la Wendy de Disney.
Ninguna forma de subversión tiene asegurada
ser atendida por la policía pertinente.
¿Será esta la desesperación real?

De vuelta, los gatos del cementerio descansan al sol,
los panteones ilustres están patéticamente abandonados
en los pedregales de la cultura no subvencionada.
Adelante/atrás, llamas a la puerta,
sale quien no quieren que salga.
Se precipita la oscuridad en la tarde.
No quedan visiones demasiado consistentes
para resistir la conciencia del tiempo.

Uno toca el claxon impaciente,
el otro teme volver a su casa
y cuatro taxistas divagan en una esquina de la Verneda.
Miro el móvil antes de llamarte,
hace un frío intenso y comunicas.
